



Ideas y personajes

de la educación latinoamericana y Universal



MI SIMÓN RODRÍGUEZ

José M. CASTAÑON



Artículos

Don Simón Rodríguez fue uno de los hombres más interesantes de América. Su vida, llena de actos necesarios, culmina la aventura pedagógica cerrando en círculo todo un mundo de actos trascendentes para que así podamos ahora darle categoría excelsa a su humanidad, con el sentido valorativo del filósofo español Ortega y Gasset, para quien vivir, ser hombre, es algo más que comer, dormir y soñar... vivir, es llenar la vida de cada uno –tuya y mía, lector–, con actos necesarios y siempre, claro está, en bien de nuestro prójimo.

Si desprendemos de la vida de don Simón Rodríguez cuanto hay de extravagancia (extravagancia, por supuesto, muy discutible), hemos de reconocer en el maestro del Libertador a uno de los hombres más videntes en cuanto representa, como nadie, el símbolo de la **educación popular**. No es que vayamos a valorar sus ideas educacionales como totalmente propias, ¡no! Don Simón Rodríguez si bien presentó al cabildo de Caracas en 1794 un opúsculo manuscrito que llevaba por título: “**Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras en Caracas, y medio de**

lograr su reforma para un nuevo establecimiento”, nada efectivo pudo hacer en su patria aún bajo la dominación española y con los prejuicios consiguientes. Por algo se revelaría, posteriormente, en el propio cabildo de Caracas, el licenciado Miguel José Sanz, cuando en magnífico informe sobre la educación, dice: “Generalmente se cree que basta con saber redactar memorias, decir misa, lucir cordones de Doctor o llevar hábitos sacerdotales o monacales; que la decencia prohíbe trabajar la tierra y ordena el desprecio de las artes mecánicas y útiles”.

Don Simón Rodríguez, como hombre incompatible con la Venezuela de la Colonia y sin arrestos para intervenir en las luchas de la Independencia, vivió largos años en Europa, donde aprendió –con meditaciones propias, muy americanas– lo que quiso poner en práctica en América, llevando presente, claro está, el meollo de aquel proyecto presentado en el cabildo de su lejana y amada ciudad caraqueña, que no volvería a ver jamás triunfante ni derrotado, y menos en triunfal traslado de unos huesos que no son los suyos, al Panteón Nacional.

Lo verdaderamente genial en don Simón Rodríguez, es el entusiasmo que pone en sus ideas pedagógicas para enrumbar hacia el progreso a la

América recién salida de la dominación española y, por tanto, exhausta, sin apenas recursos. Y, por supuesto, intentó algo muy importante; pues su amado discípulo, a la sazón en el Perú, rematando la gloria de la Independencia, al enterarse del arribo de su maestro a la Gran Colombia, alienta sus propósitos educacionales, lo hace llamar, lo enrola en aquella caravana quijotesca que parte de Lima hacia la Paz el 11 de abril de 1825, y le confiere el flamante cargo de Director Inspector General de Instrucción Pública y Beneficencia. Manos libres, aunque con insignificantes recursos económicos, ponen en jaque a don Simón Rodríguez, quien exento de arrogantes primicias reconocerá modestamente: “El plan de educación popular de destinación a ejercicios útiles y de aspiración fundada en la propiedad, lo mandó ejecutar Bolívar en Chuquisaca”.

Hemos de hacer un alto para reconocer una vez más la total ausencia de vanidad del Libertador, y lo hemos de reconocer porque es una de sus más sublimes lecciones para que la aprendan cuantos ostentando un cargo público, se obnubilan, y ya no recuerdan la amistad. Maravillosa, es al respecto, la carta que escribe Simón Bolívar a su amigo de correrías por Europa cuando se entera de su arribo a la Gran Colombia: “¡Oh, mi Maestro!, ¡Oh mi amigo!, ¡Oh, mi Robinsón, usted en Colombia, usted en Bogotá, y nada me ha escrito. Sin duda es usted el hombre más extraordinario del mundo; podría usted merecer otros epítetos, pero no quiero darlos por no ser descortés al saludar a un huésped que viene del Viejo Mundo al Nuevo; si, a visitar su patria que ya no conoce, que tenía olvidada, no en su corazón, sino en su memoria. Nadie más que yo sabe lo que usted quiere a nuestra adorada Colombia. ¿Se acuerda cuando fuimos juntos al Monte Sacro de Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá usted olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó, por decirlo así, un juramento a la misma esperanza que no debíamos tener”.

La, en parte transcrita, carta del Libertador, fechada el 19 de enero de 1824, bueno es divulgarla en toda oportunidad, porque es un modelo de humanidad, un saber entender la amistad como entrega total. En ella no habla solamente del pasado. Bolívar piensa que el hombre es un problema siempre, y le recomienda que le entregue la carta al vicepresidente Santander (el de sus quebraderos de cabeza, como Páez) y le pida el dinero en su nombre. Y... a trabajar en su plan, a trabajar por corto plazo en Bogotá, donde “hice algo y apenas me entendieron”, como en Chuquisaca, donde “hice más y me entendieron menos”. ¿Por qué?... “Porque al verme

recoger niños pobres –confiesa a Bolívar en carta fechada en La Paz, 10 de julio de 1826–, unos piensan que mi intención es hacerme llevar al cielo por los huérfanos; y otros, que conspiro a desmoralizarlos para que me acompañen al infierno. Sólo usted sabe porque lo ve como yo, que para hacer repúblicas es menester gente nueva. De la que se llama decente, lo más que se puede conseguir es el que no ofendan”. Pero esa **gente decente**, como heredera de los resabios dejados por la Colonia en el Alto Perú, acabarían amargándolo y, lo más triste, haciéndole pasar por loco.

¿Y qué pretendía don Simón Rodríguez?... Pues lo más sublime en un hombre de humanidades: no pensar en sí sino en los demás, entendiendo por tales, lo más desventurado de la sociedad para hacerles hombres de provecho y que propaguen su luz...; porque en Chuquisaca en menos de cuatro meses se reunieron “más de doscientos niños, cerca de cincuenta pobres y veinte jóvenes de diferentes partes que aprendían para propagar la instrucción en otras ciudades” Para este precursor de los Centros de Formación Profesional que hoy sostienen Brasil (el **Senai**), Colombia (el **Sena**) y Venezuela (El **Ince**), los varones habrían de aprender “los tres oficios principales: albañilería, carpintería y herrería, porque las operaciones de las artes mecánicas secundarias dependen del conocimiento de las primeras”.

Y para directores de semejantes centros, llamados **Escuelas Modelos**, este primer gran Ministro de Educación bolivariano que fue don Simón Rodríguez, entiende, con magnífica intuición, que “han de ser desinteresados, prudentes, aficionados a la invención y a los trabajos mecánicos, estudiosos, despreocupados, en fin... **hombres de mundo**”. “Tal director no ha de ser un simple que se deje mandar por los que mandan, ni un necio que se haga valer por el empleo”. Cree candorosamente don Simón que “no habría con qué pagar un Director semejante, si por cada cualidad exigiese un premio; pero quiere la fortuna, que los hombres tan felizmente dotados, tengan una inclinación decidida en ocuparse en **hacer bien**, y no piensen en atesorar. Es muy fácil obtener de ellos los servicios que pide la Dirección, porque los desean hacer: no obstante es muy difícil reducirlos a una ciega sumisión. El Gobierno los debe tratar con decoro, porque como saben comprar su independencia con el trabajo, no mendigan **colocaciones**”. Estos razonamientos posiblemente se los inspira el carpintero francés Brutus Simón, cuando ya nuestro héroe, en apuros económicos, desprendiéndose de sus cosas personales en bien de la educación popular (hasta de sus propias ropas), escribe a Bolívar desde Chuquisaca (15 de julio de 1826), cual un Quijote

vencido, ya desencantado: “Aquí no hay un cuartillo; el carpintero francés que enganché en La Paz se ha entendido conmigo, y a mí no más me ocurre; no tengo cosas de valor que vender, y le ha dado orden para que usted le haga pagar en Lima; por más que le he instado para que me espere, no quiere hacerlo alegándome (con razón) que le hago perjuicio en su tiempo”.

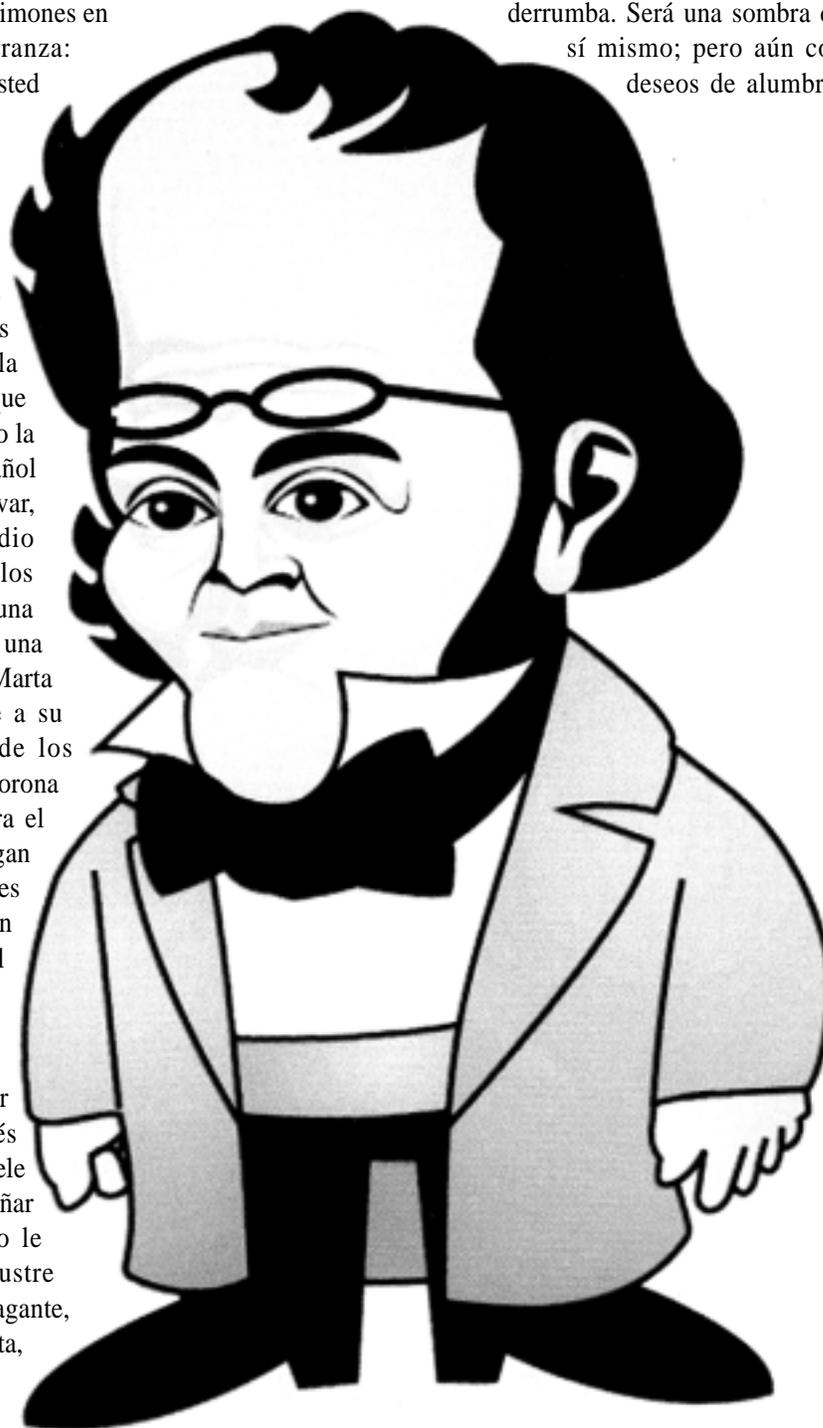
En la posdata de la carta, refleja don Simón Rodríguez el humor irónico que le sostendrá hasta la muerte: “¡Qué casualidad!... tres ¡Simones en un negocio! Así irá mi carta-libranza:

Señor Don Simón: Recomiendo a usted el maestro **Simón. Simón**”.

Es de admirar cómo un hombre de conocimientos enciclopédicos dignos de aspirar a una cátedra universitaria, se achica hasta renunciar (en un principio de Petter a la inversa) a sus ambiciones personales para descender, valga la paradoja, a la altura de su pueblo, que no era ya solamente Venezuela, sino la América rescatada del poder español por su amado discípulo Simón Bolívar, a quien dedica en vida un estudio extraordinario defendiéndole de los detractores de la época, y haciendo una semblanza del Libertador, que fue una pena que no la conociera en Santa Marta para irse definitivamente alegre a su tumba; porque sobre el dolor de los postreros días no deja de ser una corona de gloria, el mejor salvavidas para el gran naufragio de ultratumba (y sigan diciendo lo que quieran los detractores mezquinos de Bolívar), la obra de don Simón Rodríguez: “El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social”¹.

Loco lo llaman por no haber sido un buen burgués a lo Andrés Bello, con quien puede parangonarse de acudir a una universidad a enseñar idiomas y a escribir, que talento le sobraba para competir con su ilustre paisano caraqueño. Loco y extravagante, y... ¿por qué?... ¡Ah! Por no ser egoísta, esto es, por ser un inmigrante sin ambiciones personales; lo contrario de tantos intelectuales y

seudointelectuales que aún llegan de la otra orilla...; porque don Simón Rodríguez después de tantos años de ausencia por la vieja Europa era un emigrante que arribaba a una Nueva América por la puerta de la Gran Colombia, y si hubiera pensado en sí mismo ¿qué no hubiera conseguido?... ¡Pero, no! Don Simón Rodríguez llegaba de Europa a trabajar por el pueblo, a formarlo perdiéndose por la inmensa geografía americana, y mientras vive Bolívar la fe lo sostiene. Luego, se derrumba. Será una sombra de sí mismo; pero aún con deseos de alumbrar



en Chile –¡qué hermoso simbolismo!– con esa pequeña fabrica de velas que lleva en el marco de la puerta el candoroso lema de un desvariado por amar tanto, por ser tan noble en sus propósitos: **“Luces y virtudes americanas**, esto es, velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo”.

Todavía educa, todavía piensa, derrotado, que **para hacer repúblicas es menester gente nueva**. Es por entonces –año 1839–, cuando naufraga la fragata “La Oriental” frente a la costa de Valparaíso, llevando a bordo al humanista Luis Antonio Vendel Heyl, quien ante la desgracia del naufragio decide anclarse en Chile y propone a don Simón Rodríguez la fundación, como socios, de un centro educacional. Pero ya don Simón tiene amargo conocimiento de sí y sabe que le llaman loco. No quiere aventurar el descrédito a su amigo que le admira y reconoce. Con ternura le confiesa: “Yo que he deseado hacer de la tierra un paraíso para todos, la convierto en un infierno para mí”.

La sombra de don Simón Rodríguez recalca en Lima (1842), como un achacoso y aún erguido setentón que busca inútilmente editar y reeditar algunos libros. Todo, en gran parte, se perderá; pero algo de lo que más quiere aparece en Lima; ciento diecisiete páginas de apretada experiencia forman sus “Sociedades Americanas” (Lima, 1842). Ahí queda su palabra viva divulgada por algunos de sus discípulos y admiradores; ahí queda, en fin, la sombra protectora de un anticipado ideal americano que supo alentar el primer soldado y estadista de Iberoamérica, Simón Bolívar.

Sombra la de don Simón Rodríguez que vaga aún a los ochenta años por el espinazo de los Andes, que se consuela en el Ecuador con Manuela Saenz y se despide un día para siempre con él: “Me voy, Manuela, porque dos soledades no se hacen compañía...” Sombra que recibirá la ayuda de la caridad, inquieta aún por hacer algo, por **alumbrar**, hasta que el 28 de febrero de 1854,

a los ochenta y tres años de edad, se convierte en definitiva sombra protectora, reconocida solemnemente durante la efeméride celebrada con motivo del centenario de la batalla de Ayacucho, cuando se corona como rey al poeta Santos Chocano. Pero, con todo, sombra olvidada que ahora invita a su más fructífero cobijo en la nueva universidad venezolana que lleva su nombre.

Don Simón Rodríguez, pese a sus extravagancias de hombre que pudo haber regresado de Europa como un **indiano** a la inversa, con una fortunita para vivir tranquilo en su Caracas; Simón Rodríguez que fue extravagante para ser un Quijote más humano que el manchego (pues jamás fue loco y amó de verdad y tuvo hijos), bien pudo, cual en una oración, legarnos este epitafio para su tumba perdida en el pueblito peruano de San Nicolás de Amotape: “Pocos hombres habré habido, que hayan merecido menos el desprecio que yo, ni que hayan sentido más la ingratitud. Quédense mis huesos en paz. Ha caído el telón”. ¿Ha caído? No. Tiene que levantarse en su honor. Porque don Simón Rodríguez es el verdadero precursor de los Centros de Formación Profesional en América, que para ser humanos, en su honor, han de abarcar como verdaderas universidades del trabajo lo que él soñaba: **educación social, educación corporal y educación científica**; él, todo lo enseñaba teóricamente en cuadros sinópticos, anticipándose a los métodos pedagógicos de hoy. Fue un precursor por todo lo alto.

El maestro del Libertador es, pues, todo un símbolo de la enseñanza profesional en función comunitaria, de servicio, y nadie como él merece ser declarado Patrón laico del trabajo. Nadie lo amó tanto como él para hacer repúblicas nuevas, encontrándose América así misma, en reto para que sea realidad un día “el foco de una cultura nueva” que anuncia Rubén, **el Darío de las Américas celestes.** (E)

Nota

¹ Escrita en Bolivia durante el año 1828. Circuló manuscrita, entre personas de confianza, con esta advertencia de su autor: “El que desprecie este escrito, porque no va impreso, acuérdesse que el Estilo precedió a la pluma, y que primero se escribió en Papyrus que en Fieltrros de trapo. Impreso no quiere decir bueno: en Bolivia no hay imprenta que publique más de un pliego”. En enero de 1830 se edita en Arequipa, en la Imprenta Pública, administrada por Vicente Sánchez. La presidencia de la República de Venezuela en el año bicentenario de su natalicio (1771-1971), publica en edición facsímil la obra aparecida en Arequipa, con prólogo de J. L. Salcedo-Bastardo y nota bibliográfica de P. G.